

CUENTOS DE PLANTAS M. B.

2º- 3º

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han recordado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” V.G.S.

La hierba maldita del junco
La enredadera de los campos
El árbol encantado
El País de las Margaritas
El tabaco
El estanque celestial y el estanque terrenal

LA HIERBA MALDITA DEL JUNCO

Michael Bauer

Narra la Sagrada Escritura que Cristo otorgó a sus discípulos el poder de expulsar demonios. Cierta vez, aquellos discípulos fueron llamados por un campesino cuyo ganado, repentinamente, se había vuelto tan indomable que parecía poseído por el demonio. Y realmente era así: un grupo de malos espíritus, alargando su influencia, había tomado morada en aquel ganado. Los pobres animales se encontraban a su merced, sin obedecer a sus amos y atacando a cualquiera.

Cuando los dos discípulos entraron al establo, en un primer momento el tumulto aumentó. Las vacas enrojecieron sus ojos y patearon furiosas, mugiendo sin control. Los caballos se encabitaron de tal modo que el lugar parecía un verdadero infierno. Pero al pronunciar los discípulos las palabras sagradas, sobrevino la calma. Los malos espíritus, forzados, tuvieron que obedecer y acordaron abandonar el lugar. Sin embargo, pidieron como condición poder elegir una nueva morada: las hierbas del campo.

Su petición sonaba humilde y sumisa, pero los discípulos del Señor, además de ser bondadosos, eran inteligentes como serpientes. Percibieron la astucia de los demonios, pues al posesionarse de las hierbas, les sería fácil volver a dominar al ganado y, desde allí, a los hombres. Por eso, los discípulos negaron ese deseo. Ante los lamentos de los espíritus, que alegaban no querer quedarse desamparados, finalmente les permitieron refugiarse en los juncos. Así lo hicieron, y hasta el día de hoy permanecen allí. Por eso los juncos tienen sus puntas secas, ya que ¡donde el diablo vive, nada bueno puede haber!

LA ENREDADERA DE LOS CAMPOS

Michael Bauer

La Virgen María había salido a caminar con el Niño Jesús ya algo crecido. En un desfiladero se encontraron con un carrero, cuyo vehículo, sobrecargado, se había atascado. El hombre gritaba y maldecía; los caballos, completamente agotados, ya no podían arrastrar la pesada carga.

- "¿Qué puedo hacer?" exclamó el hombre al pasar por allí María.

- "Aquí me he quedado y parece haber pasado una eternidad, ya no podemos avanzar".

María, sabiendo que a Jesús, al igual que a todo niño, le encantaba manejar caballos, dijo con una pequeña sonrisa:

- "Tendréis que sentar a mi niño a vuestro lado, y podréis avanzar".

Jesús tomó muy en serio las palabras de su madre y, sin perder tiempo, trepó al carro. Y realmente, a partir de ese instante, los caballos cobraron nuevas fuerzas. Con un fuerte y tierno empujón, comenzó a moverse el carro.

¡Qué contento se puso el carrero! Preguntó a María hacia dónde iban, y al enterarse de que tenían en común un buen trecho del camino, les invitó a que subieran al vehículo. El niño charlaba animadamente con el carrero:

- "¿Qué llevas en este cajón?"

- "Ropa para la gente de la ciudad".

- "¿Y en esas botellas atadas?"

- "Higos secos".

- "¿Qué tienes en aquellos tambores allá atrás?"

- "Vino, hijo mío".

- "¿Qué vino?, ¿blanco o tinto?"

- "Tinto, y de la mejor calidad".

Cuando llegaron a la encrucijada del camino donde debían separarse, habiéndose bajado ya María y el Niño, el carrero dijo:

- "Lamentablemente no tenía recipiente alguno; en verdad, como muestra de mi gratitud, en este momento de despedida quisiera convidaros con una copa de vino".

- "Por eso no hay problema", dijo María, tomando el blanco cáliz de una enredadera que por allí crecía.

- "Yo no tengo sed, y para mi Niño basta el contenido de esta copa".

El carrero se adhirió a la broma y llenó aquella grácil copa con el rojo vivo:

Con agrado bebió Jesús el dulce sorbo. Luego se desearon mutuamente un buen viaje y siguieron su camino. El cáliz del Niño cayó sobre un campo arado.

El cáliz de la flor no sólo no se marchito, sino que además obtuvo raíces y creció.

Y todas las enredaderas descendientes de ese plantío; en memoria del rojo vino que fuera bebido de su cáliz, llevan en sus flores un halo rosado.

Habitualmente, crecen en los campos labrados y, a diferencia de las enredaderas de los cercos, y se les llama "Enredadera de campo".

EL ÁRBOL ENCANTADO

<https://ideaswaldorf.com/el-pinito-c/>

Michael Bauer

Silvia se encontraba en el jardín ayudando a su madre, recoger las semillas maduras cuando, deteniéndose súbitamente en sus labores, preguntó a su madre:

"Madre, ¿cómo es posible que crezca una planta de esta semillita tan pequeña?"

Sonriendo, su madre le contestó:

"Eso es algo que tal vez pudiera mostrarte el Hada de los Arbustos".

"Hada de los Arbustos, ¿no me podrías mostrar cómo es que nace una planta de una semilla tan pequeña? ¡Por favor!"

Y el Hada de los Arbustos salió de entre la hojarasca, llevando una flor azul en la mano. Le dijo a la niña:

"Procuraré hacerlo Silvia. ¡Cierra los ojos!"

Silvia cerró los ojos, y el Hada de los Arbustos los tocó con la flor azul. Cuando volvió a abrirlos, la tierra se había hecho tan clara como el cristal, de modo que podía ver dentro de ella; los tallos de las plantas parecían fuentes de agua verde, y de las flores salían destellos fulgurantes de colores. El aire estaba lleno por doquier de pequeños arco iris flotantes, y pequeños relámpagos multicolores se veían en derredor de las abejas y de las mariposas.

Entonces el Hada de los Arbustos dijo suavemente:

"Gnomos de la Tierra, ¿podría Silvia ver cómo hacen un árbol?"

De la transparente tierra, y justo a los pies de Silvia, salieron "pequeños caballeros" portando brillantes armaduras. Buscaron en derredor, y su jefe preguntó:

"¿Dónde está Silvia? ¡Supongo que todavía no cumple siete años!"

A lo que Silvia respondió:

"Cumpliré siete años el último día del año".

Moviendo afirmativamente la cabeza replicó:

"A nosotros nos es imposible ver a los niños hasta después de que han cumplido siete años. Dame tu semilla, Silvia, y te mostraremos cómo crece un árbol encantado".

Silvia se agachó y le entregó la semilla. Él la puso sobre la tierra. Los pequeños caballeros se hundieron en la tierra nuevamente y elevando sus manos, dijeron a coro:

"¡Llega hasta donde estamos, semillita!"

La semillita se hundió lentamente en la tierra hasta donde estaban y un fuego verde encantado empezó a arder en su derredor y la puntita blanca de la raíz empezó a crecer. Los caballeritos se hundieron todavía más y elevando sus manos dijeron a coro:

-¡Crece hasta donde estamos, raicita!"

La raicita se estiró, buscando la manera de llegar hasta ellos entre las piedras de cristal. Los caballeritos llenaron sus manos de transparente "leche de la tierra" y dieron de beber a la raíz. Conforme la raíz bebía, empezó a crecer un tallo de la punta de la semilla. Los caballeritos subieron a la superficie, juntándose encima del tallo, cantaron a coro:

-¡Crece hasta donde estamos, tallito!"

Y el tallito creció atravesando la tierra cristalina y salió a la luz. Sobre la superficie de la tierra extendió dos hojitas y entre ellas crecía un recto tallito.

Entonces el Hada de los Arbustos hizo que las pequeñísimas Sirenas, que habían estado nadando en las gotas de rocío, se juntaron en derredor del tallo verde y se pusieron a nadar en derredor murmurando todas juntas:

-¡Crece erguido, pequeño tallo, hacia la luz solar! Que de tu tallo crezcan las hojitas!"

El tallo se hizo más alto y hojitas empezaron a salir. Las Sirenitas trajeron gotas de rocío que bebieron las hojas.

Después el Hada de los Arbustos gritó:

-Hadas del Aire ¿podríais mostrarle a Silvia cómo crece un árbol encantado?"

Y las Hadas Aladas que habían estado persiguiendo a los pájaros, llegaron volando y el aire en su derredor era como un fuego misterioso con el que alimentaban las hojas y cantando a coro decían:

-¡Crece, árbol encantado! ¡Y que broten los capullos!"

La planta siguió creciendo, hasta que la coronó el capullo de una flor.

Entonces el Hada de los Arbustos dijo suavemente:

-Hadas del Fuego, ¿Podríais mostrarle a Silvia cómo crece un árbol encantado?"

Pequeñísimas Haditas que andaban montando las abejas y las mariposas, llegaron prestamente al árbol encantado y revoloteando en derredor del capullo de la flor, susurraban al unísono:

-¡Que se abra la flor! ¡Que madure la fruta!"

Y con su calor, la flor se abrió, rizando sus pétalos hacia atrás, permitiendo que los granos de polen cayeran en la caja de las semillas. Con su calor, esa cajita creció hasta hacerse una fruta madura que se abrió para mostrar las semillas que tenía dentro, listas para esparcirse.

El Hada de los Arbustos tomando una de las semillas se la obsequió a Silvia.

Silvia le dio las gracias a todas las Hadas y a todos los gnomos, y corriendo hasta donde se encontraba su madre, le enseñó la semillita que el Hada le había obsequiado. Con mucho cuidado la sembró en un lugar escogido de su jardín, marcando el lugar con un círculo de piedrecillas blancas. Se sentía tan feliz, como si le hubieran hecho un regalo muy especial. Y en realidad, se lo habían hecho a ella.

EL PAÍS DE LAS MARGARITAS

Michael Bauer

En la Normandía había una vez un duque y una duquesa que hubiera dado la mitad de sus bienes a cambio de tener un hijo. Por fin, se cumplió su deseo: tuvieron un niño hermoso. Después de su nacimiento, hicieron grandes fiestas, a las que también invitaron a las hadas de las vecindades. Un hada, a la que olvidaron invitar, tomó venganza y se cumplió de inmediato: el rostro hermoso del niño se convirtió en cara de mono. Este hechizo duraría hasta pasados los catorce días de su boda.

Gran dolor embargó al duque y a la duquesa al ver la cara desfigurada de su hijo. Con desvelo, pensaron en el tiempo en que el niño debía elegir esposa. Al llegar ese momento, el duque entregó una manzana a su hijo, diciéndole:

"Da esta manzana a la doncella que más te guste".

Luego, temblorosos y cansados, invitaron al palacio a todas las jóvenes para que el joven eligiera entre ellas a su esposa.

Gran espanto imperó entre las doncellas, ya que ninguna quiso ser esposa de un hombre con cara de mono. Tristes y cabizbajas entraron al palacio. Pasaron delante del príncipe, quien, avergonzado por el desprecio que le inspiraban, se negó a elegir a alguna. Las chicas salieron corriendo del lugar, contentas de haber escapado a tan deplorable destino.

Entonces, los guardias trajeron a una joven pastora que habían encontrado acurrucada bajo un árbol. El joven la miró: en sus ojos no hubo asco ni desprecio, sino tan sólo modestia y simpatía. Su mirada decía:

"Yo no soy digna de ser elegida por el príncipe, pero como él es tan desdichado, siento lástima de corazón e inclinación a amarlo".

Fue así que el príncipe le dio la manzana. Se le preparó un baño, se le dio un lindo vestido, una cadena de oro y otras joyas. La boda fue festejada con pompa, convirtiéndose en un evento memorable en toda la región.

La nueva princesa hubiese sido la más dichosa de las mujeres, de no ser porque su esposo tenía cabeza de mono y porque se le había prohibido terminantemente mirarlo durante las quince primeras noches que siguieron a la boda. Esta prohibición, cuyo sentido no pudo comprender, la llenó de desasosiego.

En la segunda noche que descansó a su lado, ya no pudo contener su inquietud. Quiso contemplar a su marido, creyendo que nadie se daría cuenta. Se levantó con gran cuidado, buscó una vela y se acercó al lecho. Para su sorpresa, era el príncipe más hermoso del mundo. Nunca se hubiese podido imaginar tanta gracia, tanta belleza. Su sorpresa fue tan grande que dejó caer la vela. De pronto, una fulgurante claridad llenó el aposento: el hada estaba allí, iluminando su rostro con ira.

"Mujer curiosa e impaciente", le dijo, "¿acaso no pudiste esperar unos días más? Ya nunca más volverás a ver a tu marido. Lo llevaré al País de las Margaritas".

Dicho eso, desapareció. La joven se abalanzó hacia la cama, donde cayó inconsciente.

Era pleno día cuando recobró los sentidos. El duque y la duquesa la miraron con ojos adustos:

"¿Qué has hecho con nuestro hijo?", exclamó la duquesa. "¡Sospechosa! ¡Vete! ¡Aléjate de aquí!".

La pobre pastora fue expulsada sin piedad del palacio.

Como explicación de su falta, partió en busca de su príncipe al *País de las Margaritas*. En el camino, se encontró con una anciana apoyada en su bastón.

-*"Buena mujer, ¿podéis decirme cómo llegar al País de las Margaritas?"*.

-*"Querida niña, debe estar muy lejos de aquí, jamás lo he oído nombrar. Pero toma estas tres avellanas: cuando algún problema grave te asalte, rómpelas y te ayudarán"*.

La joven le agradeció a la buena anciana y continuó su camino. Al cruzar un bosque, dos bandidos se abalanzaron sobre ella, la ataron sobre un caballo y la condujeron a un aposento subterráneo.

-*"Aquí quedará"*, dijo uno de ellos, empujándola a un húmedo calabozo.

-*"Pronto el jefe decidirá tu destino"*. Prendió un farol, lo colocó sobre una piedra y se alejó.

De inmediato, la joven sacó de su bolsillo una avellana y la partió. Todo quedó atrás: el farol, el sótano húmedo, los bandidos y el bosque. Ante sus ojos había un verde prado con un sendero. Lo siguió durante largo tiempo, hasta que, agotada, vio una cabaña. Llamó a la puerta, y apareció en el umbral una señora anciana.

-*"Ya no puedo seguir, estoy tan agotada. ¿Puedo pasar aquí la noche?"*.

-*"Sí, mi niña, entra y descansa"*. La buena señora le dio una sopa caliente y una cama.

-*"Descansa, mañana podrás seguir tu camino"*.

Al despertar, la anciana le preguntó hacia dónde iba.

-*"Al País de las Margaritas"*.

-*"Lo conozco. Mi cerdo a menudo va allá y regresa cargado de cosas preciosas. Pero siempre va solo y nunca se sabe cuándo"*.

-*"Permíteme dormir con el cerdo. Ni bien se mueva, lo seguiré"*. Le pidió la niña.

Así fue. Cerca de la medianoche, se dio cuenta de que el cerdo despertaba. Con su gruñido, salió del lugar. La joven corrió tras él. El cielo estaba cubierto de estrellas.

A la madrugada, llegaron a un hermoso castillo situado en medio de un prado donde florecían bellas margaritas. Parecía que se estaba preparando una fiesta.

La joven vio a una pastora y le preguntó:

-*"¿Puedes decirme qué castillo es éste y qué está pasando?"*.

-*"Es el Castillo de las Margaritas, y la señorita festeja hoy sus bodas con un hermoso joven príncipe que llegó hace poco"*.

La joven pensó:

-*"¿Y si fuera mi esposo?"*.

Entonces le dijo a la pastora:

-*"¿Quieres cambiar tus ropas con las mías?"*.

-*"¡Oh, querida señora, no es necesario!"*.

-*"No me estoy burlando, se lo digo en serio"*.

Con las ropas de la pastora, encontró acogida en el castillo como ayudante de cocina. Los preparativos de la boda tomaron su curso, y pudo ver al príncipe: era su esposo, al que había perdido en la noche de su desgracia. ¿Pero cómo podría acercarse a él?

Recordó entonces las avellanas. Rompió una, y ya se encontraba en el aposento del príncipe. Éste la reconoció asombrado:

-¿Eres realmente tú, querida mujer?

-¿Cómo me has encontrado?"

Así, le contó todo lo sucedido, y cómo había logrado encontrar el *País de las Margaritas*. El príncipe estaba conmovido por la grandeza de su amor, pero ¿Cómo podría liberarse ahora?

Muy contenta, la princesa sacó la tercera avellana de su bolsillo, y la rompió con el pie: en ese instante, los dos aparecieron de nuevo en el palacio del duque.

El duque y la duquesa mucho se alegraron por el regreso de su hijo y su esposa, y mediante una feliz fiesta, fue confirmada la boda.

EL TABACO

Michael Bauer

Cierta tarde de domingo, un labrador estaba paseando por el bosque y en un claro encontró un campo que nunca antes había visto en ese lugar. Estuvo muy asombrado, pero más aún lo asombró la planta extraña que allí crecía: tallos bastante altos y fuertes, con hojas grandes y anchas y lindas flores en forma de embudo. Plantas tras plantas crecidas en derechos surcos.

En medio del campo vio a un hombre que trabajaba allí, agachado. Parecía estar arrancando malezas. Cauteloso, se acercó el labrador, tratando de entablar una conversación. Al verlo de cerca, se dio cuenta de que se trataba de un forastero al que nunca antes había visto. Le dijo:

-Seguramente, los animales del bosque harán daño a sus plantas".

Se incorporó el forastero y, mientras miraba al labrador de arriba abajo, le contestó:

-A estas plantas no las toca animal alguno, de eso puedes estar seguro".

-Si a ningún animal le gusta, entonces no debe ser de gran valor", opinó el campesino.

-A mí me sirve", dijo el forastero.

-¿Tiene un nombre esta planta?", siguió preguntando el hombre del campo.

-Por supuesto que lo tiene", dijo el otro, "pero uno nunca lo adivinaría".

-¡Ah, sí!", dijo burlándose el campesino, y la soberbia lo pinchó:

-Maestro, los de por aquí, por cierto, podemos medir nuestra inteligencia con los forasteros".

Entonces, el forastero se le acercó y dijo:

-¿Queréis hacer una apuesta? Si dentro de ocho días sabéis el nombre de la planta, os pertenecerá todo el campo; de lo contrario, es llevada el diablo".

Rióse el labrador:

"A ese precio, claro que acepto la apuesta", y le extendió la mano al otro.

Éste la tomó de inmediato, mientras sus ojos brillaron maliciosamente; tanto que el campesino tuvo que bajar la mirada. Y lo que vio entonces le hizo congelar la sangre: el forastero tenía una pata de caballo, así que era el diablo en persona. Tal era el susto del labrador, que de buenas ganas hubiese escapado del lugar. Pero reunió todo su coraje y, organizándose, dijo fingiendo despreocupación:

-*"Bueno, entonces hasta dentro de ocho días. Buenas tardes".*

-*"Buenas tardes",* contestó el diablo.

En algunas ocasiones el labrador solía ir al boticario.

En aquel desdichado domingo, se quedó en casa. Buscó entre las herencias que recibiera de su abuela un viejo libro, donde figuraba toda clase de hierbas y plantas, y que hasta ese entonces nunca había mirado. Y buscó allí aquella extraña planta. No parecía tener suerte, pues lanzó suspiro tras suspiro.

Su mujer, alegre y dispuesta, lo estaba mirando. Varias veces quiso preguntarle el motivo de su preocupación, pero se contuvo siempre, sabiendo que finalmente él mismo hablaría. Y así fue:

-*"¡Oh mujer, oh mujer! ¡Tu pobre marido!"*.

Recién entonces ella hizo la pregunta, y él le contó todo...

-*"¿Cuándo se debe decidir el asunto?"*, preguntó la mujer.

-*"Ay, dentro de ocho días",* contestó el marido.

-*"Y bien; ya no quedan tantos días y tantas noches; mucho puede ocurrirle a uno. No sería la primera vez que el diablo fuera engañado",* dijo de buen ánimo la mujer.

Durante varios días se actuó como si se hubiese olvidado del asunto. Cuanto más se acercaba el domingo decisivo, tanto más se le apresuraba el corazón al campesino.

Hasta una mañana, en la que la mujer quedó sola en la casa —el hombre había ido al mercado—, sonriéndose estaba ocupada en las tareas del campo y los niños estaban en la escuela.

En los días pasados, la mujer había ideado una treta singular, la que ahora quiso llevar a la práctica. Sabía que, en el fondo, el diablo es un tonto, y sobre eso fundaba su esperanza.

Vistió sus ropas más raídas, luego volcó al piso el contenido de un barril de alquitrán, donde después se revolcó. Más tarde tomó una bolsa de plumas, tiró su contenido y se revolcó bien allí. Al levantarse, era el más extraño animal plumado que jamás se hubiese visto.

Así, se fue a la plantación en el claro del bosque, imitando el sonido de un ave; sucia y asustada, dando pasos pequeños, agachándose, meneando la cabeza, tal como si estuviese por comerse aquellas hojas.

Pronto apareció el diablo y se asustó de buena manera al ver a ese innoble pájaro en medio de su campo. Mucho temió por sus plantas. Lo espantó con las manos, gritando a voz en cuello:

-*"¡Fuera! ¡Fuera! ¡Sal de inmediato de mi tabaco!"*.

Corrió el extraño pájaro entonces, asemejándose así realmente a una gallina espantada, sin levantar mucho vuelo y dirigiéndose a la espesura del bosque, mientras lanzaba sonidos raros, medio cacareo, medio graznido.

Aguardó en acecho por un tiempo el diablo, para ver si el gigantesco pájaro regresaría. Pero todo quedó en calma. No pudo hallar tampoco ningún daño visible en el lugar donde el monstruo había andado, así que, satisfecho, contempló su obra.

Pasaron los días, y finalmente llegó el domingo acordado. No tuvo el diablo la menor duda de que ganaría la apuesta. Si él mismo había inventado aquel yuyo, ¿cómo podría entender alguien cuál era su nombre?

Alegre se encontraba sentado sobre una piedra a la entrada del bosque, aguardando a su víctima. Ni esperó que el campesino estuviese a su lado, cuando ya le gritó:

-*"¡No es cierto que no sabes cómo se llama la planta!"*. "
¿Que no voy a saber su nombre? ...", contestó el campesino secamente.
"... pues eso no es muy difícil de saber, se llama ...¡TABACO!".

Aullando como un gato furioso, el diablo dio tres vueltas alrededor de sí mismo, y en ciega rabia chocó tres veces contra el tronco de un árbol, provocando su rugido, apareciéndosele al instante dos cuernos sobre la frente. Luego desapareció pronunciando también maldiciones.

Tomó posesión el labrador de aquel cultivo y fue, después del diablo, por lo tanto, el primer cultivador del tabaco. Durante muchos años, vivió feliz al lado de su despierta mujer. Cuando los domingos encendía su larga pipa, nunca olvidaba dar las gracias por su inteligente y valiente esposa. El diablo no apareció nunca más.

EL ESTANQUE CELESTIAL Y EL ESTANQUE TERRENAL <https://ideaswaldorf.com/cantos-del-agua-i/>

Michael Bauer

En una comarca conocida por su gran sequía, se hallaba un solitario estanque. En la pobre tierra que lo circundaba había brotado un pequeño oasis, donde hasta hubo hermosas flores.

Al pasar el viento por la superficie del agua, hubo allí una danza y un brincar de pequeñas olas que, parpadeantes y sonrientes, reflejaban la luz del sol que habían atrapado.

Pero el sol y el cálido viento, discretamente, se llevaron muchas de las alegres gotitas, y ninguno de los compañeros que permanecían en el estanque sabían adónde habían ido sus amigos.

Es así que, al cabo de una larga sequía, muchas de las pequeñas olas habían desaparecido. El nivel del agua del estanque había bajado, y las plantas y las flores de sus orillas se veían con las cabezas caídas y comenzaban a marchitarse.

Las olas del estanque susurraban:

-*"Ay, ¡cuán pocas somos ya las que quedamos! Ya no tenemos poder suficiente para mantener la vida a nuestras orillas"*.

Echaban de menos a sus hermanas que les ayudaban a dar de beber a las plantas.

-*"¿Dónde habían ido?"*

El viento les había dicho en un susurro que sus compañeras estaban muy altas. Pero ni siquiera había nubes por allí. Habían desaparecido del cielo, constantemente azul.

Muy silenciosas estaban ahora las tristes olas. Miraban en vano, queriendo descubrir algún rastro de sus compañeras de juego. Por fin, al caer la noche, tan quietas estaban, que todas juntas parecían formar un solo ojo inmenso, en el cual se reflejaban las estrellas del cielo.

Y durante toda la noche, el estanque miró con ese gran ojo abierto las estrellas del cielo. Y siempre miraba sin ver nada. Por más que larga y profundamente mirase...

Pero los hermanos de las olas, que se habían ocultado allá arriba detrás de las estrellas, sí descubrieron a aquel gran ojo silencioso y sentían cómo los estaban buscando. Entonces también ellos partieron movidos por el deseo de regresar a la Tierra. Y a la mañana siguiente, al despertar, las plantas y las flores estaban inundadas por miles de chispeantes gotitas de luz, que acompañaban a las estrellas y a las cuales los Hombres les llaman rocío. Las olas decían:

"El cielo de las estrellas ha bajado a la Tierra". Pero, ¡ay!, al asomarse el sol, muy pronto desaparecieron las relucientes gotitas. "Las estrellas han escalado nuevamente al cielo", decían llenas de tristeza las olas; pero una ola opinó:

- "No, yo sé lo que ha pasado: fueron los ojos de nuestros hermanos los que querían vernos". Y también sabían dónde vivían. "Están con las estrellas, ya que llevan nuestra luz".

Y así nació una nueva esperanza en las olas, y cada vez que de noche, con ojos abiertos, habían mirado al cielo estrellado, a la mañana siguiente estaban sembradas con estrellas perladas, los ojos de sus compañeros de juego.

Por fin, cierto día reaparecieron las nubes. Cubrieron al cielo, y al poco tiempo, una lluvia bendita cubría la tierra. El estanque volvía a llenarse, y en las orillas regadas por la lluvia, pronto las flores resplandecían más luminosas que antes.

Las olas que habían permanecido en el estanque sentían un gran deseo de saber lo que habían vivido sus hermanos y de dónde procedían esas nuevas fuerzas vitales que habían traído. Pero ni bien se habían recuperado de su abrupta caída hacia la Tierra, de pronto se olvidaron de todo lo que habían vivido en el cielo, y nada supieron contar.

Luego pasó algo asombroso. Mientras que las últimas gotas que habían venido de las nubes trataban de recordar, salió el sol. Resplandecía sobre el estanque, tal como lo había hecho antes, y cuando las gotas querían contar sus orígenes recuerdos ... sus compañeras que habían quedado escuchando, de pronto habían desaparecido.

Sí, ahora ellas se habían vuelto estrellas, y todo aconteció igual que antes.

Y sigue pasando así, siempre, en aquel estanque.

Ahora, las personas que pasan a su lado no sospechan qué misterios esconde. Sólo ven las pequeñas olas que juegan, y no saben que ellas representan solamente a una mitad terrestre, y que las otras viven allá, cerca de las estrellas.

Aquél que llega a comprender lo que dice la lluvia que viene desde las alturas del cielo, sabe que existen olas terrenales y olas celestes, que juntas forman un estanque, y sabe que la parte terrestre con sus orillas floridas no podría existir si no fuese por el estanque celestial.

Aportación de IdeasWaldorf